

reció repentinamente un hombre que caminó hasta llegar á la reja, sin hacer el menor ruido.

Aquel hombre apareció tan repentina y misteriosamente como si no fuera en realidad mas que la condensacion de las sombras, y se deslizó tan silencioso como si no avanzara nada mas que la oscuridad.

Al llegar á la reja, con un acento tan blando como un suspiro, contestó:

—Héme aquí, señora.

—Tetzahuitl,—dijo la mujer, que no era otra que D^a Isabel,—creí que aun no me esperarás, porque he llegado antes del tiempo acostumbrado.

—Señora mia; si el sol naciera en la mitad de la noche, encontraria ya á las flores esperándole. Sol de mi espíritu eres tú, señora, y siempre espero tu luz, porque mi vida es el reflejo de tu vida; porque si las aves cantan, sus trinos y sus canciones son los recuerdos que tú me envías; si pasa el viento sobre mi frente, si murmura con tristeza al agitar mi cabellera, en ese viento recibo tus suspiros y tus halagos. ¿Sabes cómo te amo, señora? como se aman las aves entre las ramas, como se aman los ciervos en nuestros bosques, porque no hay allí ni engaño ni perfidia: paso las noches aquí, mirando tus ventanas, contemplando los muros que te guardan, adivinándote, adorándote.

—¿Me amas mucho, Tetzahuitl? ¿es verdad eso que me dices?

—¡Sol de mi cielo! estrella de mi noche! nunca sentí por nuestros dioses el amor y la veneracion que tengo por tí. ¡Dudar de mi pasion! dudas acaso de la luz que baña en el dia nuestras llanuras? dudan las flores del rocío que les manda la mañana? Te amo, señora mia, con todo el fuego

2

En el que se verá como Juanilla no sabia "que con una piedra se matan muchos pájaros."

LA noche tendió sobre México su negra y densa oscuridad; la ciudad fué apagando sus luces y sus ruidos; los paseantes se retiraron á sus hogares, y llegó un momento en que no se escuchaba ni se veia nada; los genios de las sombras podian decir: «hé aquí una ciudad muerta.»

Sin embargo, si alguno hubiera cruzado por la calle que pasaba á la espalda del palacio de Hernan Cortés, habria podido notar que se abria misteriosamente, en el piso bajo, una de las ventanas de la habitacion que en aquel palacio ocupaba la mujer de Martin Dorantes, el paje favorito de Cortés.

Detrás de las rejas de madera de aquella ventana se podia distinguir un bulto, y luego se escuchó una voz dulcísima, que en el idioma de los mexicanos, dijo:

—Tetzahuitl, ¿estais ahí?

Como una sombra evocada por la voz de una maga, apa-

que guarda en su seno la tempestad; te amo con toda la dulzura del perfume de los lirios; trasparente está para tí mi corazón, como el agua de nuestros lagos; ¿por qué no le miras? El amor que se enciende en mi pecho, es luz que brota por mis ojos; ¿por qué no sientes su calor? Mis miradas te acarician tan dulcemente como las brisas de la noche á los cerrados botones de las rosas. Tú vives en mi alma como una tórtola que duerme tranquila en un nido de flores; te arrulla mi pensamiento y te mece cariñosamente mi corazón. Tú eres la amapola roja, regada con mi llanto; tú la azucena blanca que flota siempre bella, siempre pura, sobre las aguas amargas de mis infortunios. ¡Oh! ¿por qué los dioses nos negaron la victoria? ¿por qué nuestra raza tiene que ser esclava? Yo soy el águila prisionera; no tengo ya para llamarte, un grito de guerra, sino un canto de servidumbre; yo no soy ya nada, nada en mi patria; yo no soy, señora, digno de tí.

—¡Tetzahuitl!—exclamó Isabel,—qué feliz soy oyéndote hablar así: el canto de las aves que trinan en los bosques al nacer el día, es menos dulce que tus palabras; el rumor del arroyo entre la yerba, es menos placentero para mí que el eco de tu voz: ¡qué orgullosa me siento de haberte inspirado una pasión tan noble y tan ardiente! porque si yo te pregunto, Tetzahuitl, que si me amas, no es porque lo dude, no; sino porque quiero que me lo repitas siempre, porque quiero oírlo siempre de tus labios..... conozco tu amor, lo comprendo; tú no puedes engañar á una mujer tan desgraciada y que tanto te adora; tú eres generoso, y la mentira quemaría tus labios, si llegara á salir de tu corazón.....

—¿Conoces, señora, lo inmenso de mi amor?

—Sí, lo conozco; porque cuando tú me hablas, tu voz es trémula, tu acento se apaga, tus ojos brillan como los relámpagos de la noche, se enciende tu rostro, tiemblan tus manos, tu cuerpo se estremece, y tu pecho se agita como el mar durante una tormenta. Tetzahuitl, ¿me amas como yo te amo á tí?

—¡Señora! ¿por qué te conocí tan tarde? ¿por qué no morí á manos de los enemigos de mi patria, antes de haberte visto en brazos de otro? ¡Oyeme, señora; nunca había amado tanto, ni nunca creí que fuera yo capaz de amar así! Te encuentro, luz de mi corazón, cuando ya no tengo vista para mirarte; te encuentro, tesoro de mi alma, cuando no puedo ya sino llorarte perdida: eres cristiana, y eres la mujer de otro, y estás unida á los vencedores de tus hermanos; y yo soy como el ave de las sombras, y los que son ya los tuyos, me buscan para matarme, y el rayo está ya sobre la cabeza del águila: ¿por qué me respetaron las armas de mis enemigos?

—Tetzahuitl, eres injusto conmigo, tu amor te ciega, y destrozas mi corazón, cuando este corazón es tuyo, tuyo, y no mas tuyo. Tú conoces mi historia; mi padre era un cacique, un señor que tenía poder, y riquezas, y vasallos, y entonces yo era libre; como el viento que nadie encadena ni aprisiona, mi alma caminaba por todas partes: ¡oh! ¡quién te hubiera conocido entonces! Llegaron los españoles como un torrente irresistible, y todo cayó, todo se allanó para darles paso; nuestros dioses, sordos á nuestras súplicas y á nuestros sacrificios, huyeron ante el Dios de los extranjeros: entonces murió mi padre. ¡Pobre de mí! Como la flor que sube á favor de un muro, el día que se hundió el muro que me prestaba su amparo, el viento del infortunio me

arrebato, y el jefe de nuestros enemigos me recogió en su casa; allí me enseñaron la religion que ellos saben, aprendí su idioma, y un dia Dorantes me ofreció casarse conmigo; yo resistí, Tetzahuitl, mucho tiempo; si hubieras sido tú, me hubiera rendido con placer á tu primera palabra de amor, porque creo que nacimos para amarnos. Por fin, consentí en ser su esposa; yo no sabia entonces lo que era amor; de todos cuantos me rodeaban, Dorantes me parecia el mas hermoso, y creí, porque así me lo decian, que yo le amaba, como creí tambien, porque ellos me lo contaron, que era yo cristiana; pero te he visto á tí, y he sentido dentro de mí una cosa horrible; conozco que no habia amado, porque hasta ahora sé lo que es amor; y conozco que no tengo la religion de los españoles, porque esa religion me prohíbe adorarte, y yo quiero una religion como la religion de nuestros padres, que me permita, que me mande ser tuya, tuya, sí; á mí me han hecho cristiana porque han querido, y me han unido á otro hombre porque son fuertes y yo débil; y D^a Marina me ha instruido de que yo no debo amar á otro hombre, porque tengo ya un esposo, y ella, sin embargo, ama á Cortés, que tiene tambien una esposa. No, Tetzahuitl, me han engañado, me han violentado; yo no puedo amar mas que á tí, hombre ó dios de mi raza; yo no puedo ser mas que tuya, noble caudillo de mi nacion; yo no quiero tener mas religion que tu religion y la de nuestros padres; y si es falsa, y si voy despues de mi muerte, por eso, á la region de las sombras y del tormento, yo no quiero la eternidad de luz y de dicha, si allí no te he de ver

Isabel atrajo con un movimiento nervioso las manos de Tetzahuitl que tenia asidas, las pasó entre las rejas de su

ventana, y apoyando en ellas su rostro, comenzó á llorar.

Tetzahuitl, sombríamente silencioso, clavó su frente en las rejas de la ventana, y permaneció inmóvil.

Durante algunos instantes no se escucharon allí mas que los mal reprimidos sollozos de la jóven y la agitada respiracion de Tetzahuitl, y á lo lejos el rumor del viento que hacia ondular las graciosas copas de los sauces, y de cuando en cuando el perdido grito de alguna ave nocturna.

De repente D^a Isabel levantó la cabeza; su rostro apareció entonces como iluminado por una repentina alegría, y brilló en sus ojos un relámpago de placer, al través de las lágrimas que aun temblaban en sus negras pestañas.

—Tetzahuitl! —exclamó,— ¿por qué me entristezco? por qué lloro, si tengo tu amor? es un delirio pensar en la desgracia cuando estás á mi lado, cuando siento que oprimes mi mano, cuando nuestro aliento se confunde como se confunden nuestras almas: esa, esa es la verdadera felicidad: ¿qué me importa la muerte misma! ¿es verdad, Tetzahuitl, que morirías contento á mi lado?

—Señora, por ver tus ojos un momento, perderia para siempre la luz del dia; apáguense para mí todos los ruidos del mundo, con tal que oiga tu voz; muera mi corazon á todos los amores, y mi alma á todos los placeres; pero consérvese ardiente y pura mi pasion para tí, como si todo el calor del sol no fuera sino para una sola flor; como si todo el vigor de la naturaleza se reconcentrara en las raíces y en las hojas y en los tallos de una sola planta; así, mi espíritu no tiene pensamientos ni deseos mas que por tí, ni mi vida un solo instante que no esté dedicado á tí.

—¿Y piensas que jamás llegaré á ser tuya?

—Pienso que la tórtola prisionera irá un dia á buscar

el nido del águila entre las rocas; nosotros lanzaremos un día, muy pronto quizá, nuestro grito de guerra; el extranjero tendrá que batirse otra vez con nosotros, y tal vez la suerte no sea contraria á nuestras armas; morirán ellos, ó moriré yo.....

Tetzahuitl pronunció estas últimas palabras con un acento tan lúgubre, que la joven se estremeció; en aquel momento, el guerrero olvidó que hablaba con él una mujer; un relámpago de patriotismo rojo y ardiente, brotó de aquel corazón entregado enteramente al amor, y era porque en aquella alma, México y D^a Isabel tenían la misma forma; representaban solo una idea, un amor, una esperanza.

El cielo comenzaba á teñirse con el pálido color de la aurora.

—Señora,—dijo con tristeza el jóven;—amanece.

—Amanece para el mundo,—contestó D^a Isabel,—pero llega la noche para mi corazón; aborrezco la luz, porque tú te vas cuando ella llega; amo la oscuridad, porque tú vienes entre sus sombras. ¡Oh si no hubiera día!

—Si tú quisieras, vendría yo también con la luz.

—No, no, te verían y te harían morir, y yo moriría también; y es tan dulce, y es tan bello vivir para amar y ser amada así..... Tetzahuitl, vete, vete, porque ya comienzo á sentir el rumor de la gente.....

—Me voy.....

—¡Oh! no sé Tetzahuitl, si es tan intenso el placer que siento cuando llegas, como es inmenso y profundo el dolor que siento cuando tú te separas de mí; tiemblo, porque me parece que es la última vez que te miro.

—No temas, y no olvides, alma mía, lo que te he dicho...



D^a Ysabel imprimió un beso en la mano del Guerrero.....(pag^a 55)

la tórtola prisionera buscará un día su refugio en el nido del águila.

—No te olvidaré, y ese recuerdo será mi consuelo.

Tetzahuitl oprimió la mano de su amada.

—¡Ah!—dijo Isabel deteniendo á Tetzahuitl, — esa jóven á quien yo te he recomendado que cuides por las noches cuando se retira á su casa, ha creído que estás enamorado de ella, y dice que una noche le arrojaste un ramo de amapolas como el que me traes todos los días.

—En efecto, una noche ví abrirse tu ventana, creí que eras tú, y arrojé las flores que traía para tí.

—Lo comprendo; pero ese es un nuevo peligro para nosotros.

—Nada temas, los dioses nos protegerán; yo solo tiemblo ante la idea de que alguna vez puedas dejar de amar me.

—Nunca, nunca! me queda aquí tu corazón.

Doña Isabel imprimió un beso en la mano del guerrero, y se retiró de la ventana, como haciendo un esfuerzo supremo.

Tetzahuitl permaneció allí por un momento inmóvil, y luego, con la frente inclinada, aunque con paso firme, tomó el rumbo de la calzada de Iztapalapa.

En estos momentos Juanilla soñaba que Tetzahuitl se hacia cristiano y la tomaba por esposa, y que D^a Isabel de Paz era su madrina, y la pobre niña sonreía durmiendo.
